

Desarrollo desigual del capitalismo: colonialismo, imperialismo y dependencia en América Latina

Mariano Treacy

Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina

Fecha de recepción: 16-10-2018

Fecha de aceptación: 1-2-2019

Resumen

Desde la tradición marxista planteada por el abordaje latinoamericano de la dependencia se ha concebido el subdesarrollo de la región como consecuencia del desarrollo de los países metropolitanos y su acción imperialista. En este artículo discutiremos la vigencia de la relación desarrollo/subdesarrollo mediante la actualización del debate sobre el desarrollo desigual del capitalismo. Para ello, realizaremos un recorrido en donde se mostrará la vinculación entre desarrollo desigual se articuló con el subdesarrollo de la región en las distintas etapas históricas hasta llegar a la configuración del sistema mundo neoliberal contemporáneo.

Palabras clave: Subdesarrollo – Dependencia – Desarrollo desigual – Imperialismo – Colonialismo – Neoliberalismo

Abstract

From the Latin American Dependency Approach tradition, the underdevelopment of the region has been conceived as a consequence of the development of the metropolitan countries and their imperialist action. In this article we will discuss the validity of the development / underdevelopment relationship by updating the debate on the unequal development of capitalism. To do this, we will make a journey where the develop the link between unequal development and underdevelopment in the different historical stages until contemporary configuration of the neoliberal world system.

Keywords: Underdevelopment – Dependency – Unequal Development – Imperialism – Colonialism – Neoliberalism

Resumo

Da tradição marxista da abordagem latino-americano da dependência, o subdesenvolvimento da região foi concebido como conseqüência do desenvolvimento dos países metropolitanos e de sua ação imperialista. Neste artigo, discutiremos a validade da relação desenvolvimento / subdesenvolvimento, atualizando o debate sobre o desenvolvimento desigual do capitalismo. Para isso, faremos uma jornada em que o elo entre o desenvolvimento desigual será articulado com o subdesenvolvimento da região nas diferentes etapas históricas até chegar à configuração do sistema mundial neoliberal contemporâneo.

Palavras-chave: Subdesenvolvimento – Dependência – Desenvolvimento desigual – Imperialismo – Colonialismo – Neoliberalismo

Introducción

La acumulación del capital en los países centrales, desde las experiencias coloniales pre-capitalistas del siglo XV hasta nuestros días, ha necesitado para su reproducción ampliada, en conjunto con los procesos de acumulación en sus territorios de origen, la expansión territorial y el acceso a mercados, fuentes de materias primas y mano de obra en otros espacios geográficos¹.

El imperialismo, la expansión colonial, las guerras entre las potencias, la dependencia económica, la internacionalización del capital y la subordinación financiera, diplomática y tecnológica han sido las caras que ha adoptado este proceso histórico, en el que se ha logrado consolidar un Sistema Mundial.

En la historia del pensamiento económico, tanto desde corrientes relacionadas con la ortodoxia como desde algunas vertientes de la heterodoxia, se ha postulado no pocas veces la posibilidad de que la expansión de las relaciones y el modo de producción capitalista llevara a una convergencia de los niveles de vida o de desarrollo entre las distintas naciones. La expansión del “sector moderno” y la vinculación con el “sector arcaico”, desde estas perspectivas, llevaría al desarrollo mediante un proceso evolutivo permanente, inevitable y universal. Las potencias metropolitanas serían ellas mismas la prueba de que la difusión de elementos modernizantes es condición suficiente para desarticular a los sectores arcaicos y sentar las bases de una sociedad moderna desarrollada.

Lejos de verificarse este proceso, lo que se observa empíricamente es que la brecha que separa a las potencias desarrolladas de los países “emergentes” o subdesarrollados se ha incrementado notablemente, tanto en el nivel de ingresos, de productividad o de patrimonios. En la actualidad, el desigual desarrollo geográfico del capitalismo se expresa en una división del trabajo que entraña una desigual distribución del progreso. La desigualdad se expresa tanto en la especialización productiva como en las condiciones de trabajo, los niveles de remuneraciones y los recursos y tecnologías utilizadas, etc.

La articulación orgánica del desarrollo de los países centrales y el “subdesarrollo” de los países periféricos se ha expresado históricamente en la existencia de mecanismos de subordinación económica, financiera, tecnológica, diplomática y cultural. Estos mecanismos han dificultado u obstaculizado la capacidad de replicar las estrategias de desarrollo que emprendieron los países metropolitanos entre el siglo XV y el siglo XX.

Estructurado jerárquicamente, el Sistema Mundial no ofrece las mismas posibilidades a las naciones que han sido colonias o han arribado “tardíamente” a la división internacional del trabajo². Ya sea mediante la dominación colonial y el despojo o mediante mecanismos mercantiles reflejados en la especialización productiva y exportadora, la exportación de capital, el monopolio, la competencia o la transferencia de excedente, el imperialismo ha orientado el patrón de desarrollo del capitalismo en la periferia.

El objetivo general del presente trabajo consiste en identificar y describir las formas que adoptó el desarrollo desigual del capitalismo en las distintas etapas históricas. En particular, se espera poder mostrar el modo en que el desarrollo desigual del capitalismo se articuló históricamente con el subdesarrollo en América Latina. La hipótesis que subyace a este abordaje apunta

1 Como plantea Marx en el Capítulo XXIV de El Capital, la expansión colonialista del capital europeo hacia América potenció la acumulación originaria y permitió la consolidación del capitalismo: “El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, el exterminio, la esclavización y el sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: tales son los hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos factores fundamentales en el movimiento de la acumulación originaria” (Marx, 2000: 243)

2 El caso de desarrollo de los llamados “tigres asiáticos” ha sido considerado como un contraejemplo de esta afirmación. Las condiciones históricas que hicieron posible el desarrollo económico en Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y en Singapur (y también China) no solo no son replicables sino que también resultan indeseables debido al elevado nivel de autoritarismo que supusieron. Para un desarrollo de esta hipótesis se recomienda la lectura de Osorio (2015).

3 El concepto de “industrialización tardía” hace referencia a los países que cumplieron una función de proveedora de materias primas y recursos naturales hasta bien entrado el siglo XX en un contexto mundial en que la industria era una de las vías al desarrollo. Se puede profundizar esta caracterización en el trabajo de Hirschman (1968) citado en la bibliografía.

a señalar que las posibilidades de desarrollo de los países periféricos (o de “industrialización tardía”³) están condicionadas por el patrón de reproducción del capital⁴. Este patrón se estableció desde la época colonial y legó una subordinación política y una dependencia económica que, combinada con la estructura social interna de los países de la región, obstaculizó la consolidación de un bloque en el poder con una vocación de desarrollo independiente⁵. En la actualidad, el patrón colonial del poder (Quijano, 2000) sigue estructurando las subjetividades, las formas de autoridad y configura el proyecto de desarrollo económico hegemónico.

En primer lugar, se presentará un breve apartado teórico en el que se mostrarán los distintos enfoques sobre la problemática del desarrollo de los países de industrialización tardía. Luego, se vincularán las formas que asumió la articulación de modos de producción en la formación social colonial y en la formación social republicana en América con las características del capitalismo en los países centrales. Aquí, se analizará lo ocurrido en los países centrales, donde el surgimiento del capital financiero se articuló con las necesidades de los modernos Estados-Nación para dar lugar a las políticas de expansión imperialista y colonización en la era del Imperio y el período de entreguerras. Tras un breve repaso de lo ocurrido en la “edad dorada” del capitalismo en el centro y en América Latina, se intentará realizar una caracterización de la experiencia neoliberal y sus efectos sobre la región.

El desarrollo desigual y el subdesarrollo desde una perspectiva teórica

A comienzos del siglo XX no eran pocas las voces que afirmaban que las brechas entre naciones, la pobreza y la desigualdad se debían a la falta de desarrollo capitalista. La persistencia y agudización de estos síntomas en pleno siglo XXI, sin embargo, nos lleva a considerar la idea de que es la propia expansión del capitalismo la que engendra y reproduce estas desigualdades.

En la actualidad ya no existe prácticamente ningún espacio geográfico que permanezca ajeno a las relaciones capitalistas de producción, distribución y consumo, por lo que se debe reconocer la desigualdad como parte de la lógica inmanente al desarrollo del capitalismo (Smith, 2006).

El modo de acumulación global actual, hegemonizado por los Estados Unidos, ha descartado la ilusión de concertación y armonía entre el capital y el trabajo y entre el centro y la periferia que había alimentado en los años “dorados” de la segunda posguerra. La acumulación capitalista asume una forma mundial que en su impulso polariza, generando crecientes desigualdades e imposibilitando el ascenso de los países “atrasados” en los términos en que lo hicieran los países “desarrollados” en su momento (Amin, 2001; Chang, 2013).

En la literatura difusionista⁶ se interpretó al desarrollo geográfico desigual como un proceso de difusión desde un centro que deja atrás eras precedentes y se encuentra con áreas de resistencia al progreso y la modernización (Lowy y Traverso, 1990).

El subdesarrollo aparecía como un problema de “progreso” y “modernización” desde estructuras económicas, sociales, culturales e institucionales “atrasadas” hacia estructuras económicas, sociales, culturales e institucionales “modernas” (Nahón, Rodríguez Enríquez y Schorr, 2008).

Tanto los postulados del mainstream neoclásico sobre el crecimiento económico (Solow, 1956; Dornbusch, Fischer & Samuelson, 1977) como los estudios liberales del campo del desarrollo económico (Rostow, 1965) identificaron ciertas “ventajas” para los países atrasados, ya que postulaban que podrían saltar algunas etapas si aprovechaban los avances tecnológicos e industriales obtenidos por los países desarrollados.

4 El patrón de reproducción del capital se define como aquella forma específica que adopta en un espacio geoeconómico determinado la reproducción y valorización del capital, que se expresa en los valores de uso que produce, las características de las esferas de producción y circulación, y los procesos de subordinación y dependencia que se establecen en la arena internacional. El patrón de reproducción del capital permite diferenciar dentro del sistema mundial capitalista distintas jerarquías nacionales que se manifiestan en la existencia de países centrales, semiperiféricos y periféricos dependientes (Osorio, 2004).

5 El concepto gramsciano de bloque en el poder indica “la unidad contradictoria particular de las clases o fracciones de clase dominantes, en su relación con una forma particular del estado capitalista” (Poulantzas, 1973: 303). En otras palabras, hace referencia a la articulación de la clase dominante entre sus distintas fracciones con diversos intereses para llevar adelante su proyecto político de dominación.

6 La corriente “difusionista” interpretó el desarrollo de la acumulación del capital como un proceso de “difusión” en el que la modernización derivada de la expansión del capitalismo promovería el progreso general mediante la incorporación de técnicas novedosas y la demolición de formas previas, potenciando el desarrollo de las fuerzas productivas. Así, el proceso de desarrollo universal se daría de forma unilineal, lo que indicaría que todas las formaciones sociales atravesarían los mismos estadios rumbo al progreso. En este punto el liberalismo y el marxismo coinciden, ya que son herederos del pensamiento iluminista y de su fe en el progreso (Treacy, 2017).

Los enfoques económicos neoclásicos predicen, más allá de todas las disparidades estructurales entre las distintas economías, una “convergencia” en los niveles de crecimiento, en los niveles de ingreso y en las funciones de producción. Esta convergencia estaría garantizada por el mercado, que mediante el sistema de precios asigna rentabilidades de acuerdo al nivel de relativa escasez de factores de producción capital y trabajo. La hipótesis de convergencia plantea que aquellos países atrasados (con un bajo nivel de capitalización), crecerán a tasas más elevadas igualándose en el largo plazo las remuneraciones de los factores.

En su provocador “Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista”, W. Rostow (1965) introdujo la versión más extrema de este enfoque al reducir el desarrollo nacional a un proceso universal y lineal fraccionado en cinco etapas por el cual atravesarían todas las economías en su trayectoria desde el atraso a la modernidad⁷. El determinante de la etapa de despegue de la economía era el aumento de la Inversión. Las naciones desarrolladas podrían asistir a los países emergentes para “llenar” el déficit financiero entre la inversión necesaria para el despegue y el ahorro nacional, cuidando de que el ahorro proveniente del ingreso adicional fuera suficientemente alto para evitar un endeudamiento insostenible.

Desde las distintas variantes de la “economía del desarrollo”⁸ se visualizan “ventajas” por el arribo tardío de los países periféricos a la Economía-Mundial que podrían permitir el salto de algunas etapas de desarrollo para reducir la brecha económica, social y tecnológica con los países centrales.

A diferencia de la tradición liberal, sin embargo, la idea de progreso y modernización defendida desde la Economía del Desarrollo es abiertamente intervencionista. Así, las recomendaciones apuntan a promover “estrategias de desarrollo” basadas en un amplio programa de intervención estatal para provocar un cambio institucional radical que permita incrementar la inversión productiva y conseguir un sendero de desarrollo industrial sostenible. Las dificultades visualizadas en estos modelos, que oficiaban como obstáculos al acortamiento de las brechas, eran la movilización, la transferencia y la inversión de recursos (Selwyn, 2011).

Para el Estructuralismo Latinoamericano con sede en la Comisión Económica Para América Latina y el Caribe (CEPAL), el desarrollo fue concebido como un proceso de acumulación de capital ligado al progreso tecnológico, con el potencial de agregar valor, elevar la densidad del capital y aumentar la productividad del trabajo y la calidad de vida de la población (Sztulwark, 2003). Esta corriente asumió la idea de condiciones estructurales de desarrollo desigual que posibilitaron una diferenciación del mundo entre el centro y la periferia (Prebisch, 1949).

El progreso técnico se difunde de manera más veloz en el centro que en la periferia, que parte de un relativo atraso inicial que sería el fundamento de su estructura económica. Las trabas al desarrollo se le atribuyen, en este esquema, a la propia dinámica de las economías periféricas, que presentarían una estructura económica heterogénea y especializada mientras que las economías centrales contaban con una estructura productiva homogénea y diversificada (Rodríguez, 1980). En este proceso, se generan desigualdades que se reflejan en la polarización entre los “estados nacionales industriales, avanzados, desarrollados, ‘centros’, y los estados nacionales subdesarrollados, atrasados, pobres, periféricos, dependientes”, y, por el otro, “dentro de los estados nacionales en áreas, grupos sociales y actividades avanzadas y modernas y en áreas, grupos y actividades atrasadas, primitivas y dependientes” (Sunkel y Paz, 1971: 35). Según los exponentes más críticos de la tradición estructuralista, estas características de la estructura productiva, lejos de desaparecer, tenderían a perpetuarse y reforzarse, incrementando la brecha de productividad y de ingresos (Lustig, 2000).

7 Para Rostow (1956), el proceso de desarrollo de los países industrializados era fácilmente replicable por los países atrasados a través de la superación de cinco etapas claramente diferenciadas: 1) actividades de subsistencia; 2) especialización productiva por ventajas comparativas acompañada de construcción de infraestructura; 3) Despegue a través de un proceso de industrialización y de migraciones domésticas; 4) Maduración y progreso tecnológico; 5) Consumo masivo y producción de bienes durables, intermedios y de capital.

8 Se recomienda consultar el trabajo de Easterly (2003) en el que se revisan los aportes de Gerschenkron, Myrdal, Lewis, Nurkse, Rosestein-Rodan y Hirschman, entre otros.

Desde las distintas corrientes del marxismo, incluso contra las predicciones del propio Marx⁹, se termina de dar forma a esta idea, entendiéndose que el sistema mundial capitalista se ha consolidado bajo la tendencia del desarrollo desigual y combinado. Los teóricos marxistas del imperialismo (Lenin, 1916; Luxemburgo, 1917; Trotsky, 1935 y 1957); Neomarxistas (Mandel, 1970; Amin, 2001; Harvey, 2007; Callinicos, 2001) y dependentistas (Marini, 2008; Dos Santos, 1971; Gunder Frank, 1970; Cardoso y Faletto, 1969) postulan una visión en la que el desarrollo del capitalismo es inherentemente desigual, estableciendo un esquema de articulación orgánica entre el progreso económico y el retraso, o, en otras palabras, entre el desarrollo y el subdesarrollo.

La Teoría de la Dependencia fue uno de los intentos más originales de realizar una caracterización de los patrones de acumulación y de la interrelación entre el proceso de desarrollo capitalista en el centro y el de “subdesarrollo” en la periferia desde los principales países de Latinoamérica. La Teoría Marxista de la Dependencia (TMD)¹⁰, en particular, fue aquella que, a diferencia de los enfoques weberianos o desarrollistas¹¹, planteó la imposibilidad de emprender un proceso desarrollo económico independiente en el marco del sistema capitalista (Palma, 1987).

En términos genéricos, la dependencia puede definirse como la falta de capacidad para manipular los elementos operativos de un sistema económico (Roxborough, 1985), y se puede expresar mediante la transferencia de excedente desde la periferia hacia el centro (Dos Santos, 1971) o en la consolidación de una estructura económica desequilibrada y dependiente del capital internacional y del sistema de poder mundial (Brewer, 1990). De este modo, la dependencia es un producto de determinada función en la inserción en la división internacional del trabajo, de la capacidad de generar tecnología de forma endógena, del grado de extranjerización de la estructura industrial y de la vulnerabilidad de la balanza de pagos (Braun, 1970). La dependencia no se relaciona únicamente con las relaciones entre los países periféricos y los centrales sino que también se arraiga en la estructura social (Cardoso y Faletto, 1969) y en la configuración interna de la lucha de clases (Cueva, 1979).

Para la teoría marxista de la dependencia, el desarrollo y el subdesarrollo eran partes de un mismo proceso¹² El “atraso relativo” no podía ser superado de manera definitiva por parte de los países periféricos mediante la intervención del estado ni corrigiendo la inserción en el mercado mundial ni permitiendo la entrada masiva de capital extranjero. El subdesarrollo se entendía como una situación ligada a la expansión de los países industrializados, es decir como parte del mismo proceso por el cual se generaba desarrollo en otras latitudes. Los ciclos de expansión y de crecimiento, al estar orientado hacia las exportaciones y el mercado de los países centrales, no permiten generar una estructura interna que favorezca una expansión sostenida, un crecimiento del mercado interno y un desarrollo genuino de las fuerzas productivas.

Hacia una conceptualización del desarrollo desigual y combinado

El desarrollo desigual es una tendencia característica de todo desarrollo social. Entre muchas otras razones, los fundamentos de la desigualdad en los procesos de desarrollo social radicarón históricamente en las condiciones ecológicamente dadas de las distintas sociedades (Rosenberg, 2006). Con el desarrollo del capitalismo, la diferenciación geográfica existente deja de ser una cuestión de locación y dotación natural y pasa a ser crecientemente el producto de la lógica espacial en que se divide el trabajo a escala mundial (Smith, 2006).

Como el desarrollo desigual, la competencia geopolítica y la guerra también constituyen fenómenos transhistóricos. Sin embargo, tanto el desarrollo desigual como la competencia geopolítica y la guerra adquieren con el capitalismo características específicas que los hacen expresarse en su plenitud. El desarrollo geográfico desigual se reproduce mediante la subordinación de ciertas regiones, sus poblaciones, sus recursos y su tierra a la lógica de dominación de las potencias centrales “vencedoras” en los conflictos bélicos (Harvey, 2007).

9 Fue Marx quien dijo en el prólogo de *El Capital* que “Los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir” (Marx, 2000)

10 Sus principales exponentes en América Latina son Theotonio Dos Santos, André Gunder Frank, Vania Bambirra, Ruy Mauro Marini, Rodolfo Stavenhagen y Aníbal Quijano (Kay, 1998).

11 Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, en su reconocido “Dependencia y desarrollo en América Latina: ensayo de interpretación sociológica” (1971) representan para la literatura especializada lo que se conoce como enfoque weberiano de la dependencia.

12 En la versión más extrema de la teoría de la dependencia, Gunder Frank (1970) plantea que la condición de atraso y pobreza son consecuencia del saqueo sufrido en el proceso de colonización y el pillaje seguido por la explotación capitalista a nivel nacional e internacional.

Con la consolidación y expansión del capitalismo, las fuentes socioeconómicas pasan a ser predominantes en los procesos desiguales. La expansión del capitalismo otorga al proceso de desarrollo social características universales exhibiendo dos tendencias contradictorias: por un lado, hacia la universalización y convergencia; por el otro, hacia la diferenciación y la fragmentación (Allinson y Anievas, 2009).

El desarrollo desigual se define entonces como la “desigual distribución espacial, históricamente producida, de la industria, la minería, la actividad bancaria, el comercio, el consumo, la riqueza, las relaciones laborales, las configuraciones políticas” (O’ Connor, 2003: 10). Es decir que representa una concentración en algunos conglomerados, bloques o regiones, de capital industrial, comercial, monetario y financiero que les confiere un mayor poder geopolítico relativo.

El desarrollo combinado se deriva del hecho de que el capital, en su proceso de valorización, busca las combinaciones más rentables de las formas socioeconómicas, por ejemplo, formas de producción avanzadas con formas laborales flexibles, económicas y disciplinadas (Vitale, 1992). Así, la tendencia a la desigualdad converge con la tendencia a la combinación para dar origen al concepto de desarrollo desigual y combinado.

Para poder demostrar la validez de la hipótesis sobre la tendencia al desarrollo territorialmente desigual, al desarrollo desigual y combinado o al desarrollo geográficamente desigual, sin embargo, hay que remitirse a la historia, que nos permitirá observar el modo en que se articulan las necesidades de acumulación del capital con la configuración de los modernos estado-nación en sus estrategias de expansión imperialistas.

La función de América en la configuración del moderno Sistema Mundial

La Economía-Mundo capitalista se ha ido configurando desde el siglo XVI. Mediante su consolidación en Europa Occidental y su expansión a otras regiones, alcanzó un grado considerable de globalización geográfica a fines del siglo XIX e integró el resto de las regiones que quedaban por fuera a lo largo del siglo XX (Wallerstein, 1998).

La expansión territorial de los imperios y la interrelación política y comercial entre distintas sociedades, así como la existencia de mercados y de capital (monetario y comercial), preexistieron al nacimiento del capitalismo y estructuraron durante siglos las relaciones sociales de producción. Hasta el siglo IX Europa había sido considerada una región “atrasada” en comparación con China, India y el mundo Islámico, donde se había desarrollado una revolución agrícola, que había permitido el incremento del excedente económico y la expansión comercial (Wolf, 2005).

El ciclo de la modernidad, sin embargo, está asociado al eurocentramiento de la economía mundo y a la expansión colonial histórica y estructural (Quijano, 2000). El traslado del eje de acumulación desde Asia hacia Europa, el tráfico de esclavos, el saqueo y la transferencia de los recursos de “las Indias” y el proceso de acumulación originaria son puntos ineludibles en la conformación del moderno sistema interestatal y la expansión del capitalismo a escala mundial (Wallerstein, 2007).

Con el fortalecimiento de los puertos italianos (Venecia, Pisa y Génova) hacia el Siglo X, el eje del comercio y las finanzas internacionales se mudó a Occidente. La consolidación de las Ciudades-Estado (Venecia, Florencia, Génova y Milán), que tuvieron su auge entre 1450 y 1650, sería el punto de partida del moderno sistema interestatal y constituiría una fuente de acumulación primitiva proveniente del comercio de larga distancia y las altas finanzas (Arrighi, 1999).

La expansión territorial y el aflujo de las nuevas riquezas a los cofres del “viejo” mundo permitieron consolidar la alianza entre el poder político y el capital comercial, lo que llevó a un proceso de fuertes transformaciones que fomentaron el proceso de acumulación originaria o primitiva. Este movimiento daría origen a los ciclos sistémicos de acumulación genovés (XV-XVII), holandés (XVI-XVIII) y británico (XVIII-XX), donde se consolidaría finalmente el modo de producción capitalista (Arrighi, 1999).

El sistema moderno de dominio se desarrolló y consolidó estrechamente junto al desarrollo del capitalismo como sistema de acumulación a escala mundial, en el que la competencia interestatal y la competencia interempresarial asumieron formas diversas que permitieron articular la acumulación del capital con la organización del espacio político (Arrighi, 1999).

En América, con la conquista hispano-lusitana se comenzó a consolidar un patrón de poder centrado en la división racial del trabajo donde la colonialidad pasaría a determinar la geografía social (Quijano, 2000). La conquista abrió un período de transición al capitalismo en el que no hubo un modo de producción preponderante, sino variadas relaciones de producción precapitalistas y capitalistas embrionarias que, combinadas y articuladas, constituyeron una formación económica en transición. En la formación social colonial¹³, se combinó el modo de producción tributario con el modo de producción capitalista y la esclavitud, la servidumbre y el trabajo asalariado para producir mercancías para el mercado mundial¹⁴ mediante la exportación de metales preciosos y productos agropecuarios y mineros¹⁵. La transición se dio hacia un “capitalismo primario agrominero exportador de base colonial”, que se consolidaría recién entrado el siglo XIX (Vitale, 1992). La organización, el control y la apropiación del trabajo se configuraron bajo un patrón de dominación eurocéntrico en el que la idea de raza se construyó como un reflejo de la naturalización de las relaciones coloniales de dominación (Quijano, 2000).

En las posesiones coloniales se manifestaron explícitamente las características desiguales y combinadas del desarrollo del capitalismo. Los modos de producción tradicionales se combinaron con las modernas explotaciones mineras con tecnología de punta orientadas por la producción de mercancías para su exportación. Lo mismo ocurrió con el crecimiento de las ciudades y las culturas urbanas “modernas”, que coexistieron durante siglos con la economía natural y las relaciones de producción de las áreas rurales (Vitale, 1992).

En América Latina, el polo “moderno” y el polo “atrasado” fueron el resultado de un único proceso histórico y forman parte del funcionamiento de una sola sociedad global. Las relaciones sociales que allí se dieron respondieron al motor económico de la expansión del sistema mercantilista-capitalista, donde la esclavitud de los negros traídos del África para trabajar en plantaciones de azúcar en el Caribe y Brasil respondía a las necesidades de una economía mercantil orientada a los mercados de Europa, lo mismo que el “feudalismo” en las zonas indígenas de América respondió a las necesidades de la minería exportadora y de la agricultura que abastecía a los centros mineros o a los mercados europeos (Stavenhagen, 1965; Grüner, 2010).

Como un corolario de la conquista colonial y de la idea iluminista de la modernidad y la razón, la producción de conocimiento y el control de la subjetividad en la América Latina también fueron subordinadas a la lógica de la colonialidad y el colonialismo (Casanova, 2006). De esta forma, se consolidó una Economía Mundial signada por un patrón de poder que se constituyó en función de los parámetros de la expansión del capitalismo con una lógica eurocéntrica que se impuso mundialmente mediante estrategias coloniales y subordinó otras culturas estableciendo la colonialidad del poder y del saber (Quijano, 2000).

Así, lejos de consolidarse bajo un patrón de elementos homogéneos en lo que respecta a las relaciones y el modo de producción, el capitalismo se expandió a nivel mundial bajo la lógica de un desarrollo desigual y combinado, donde las formas de control del trabajo, de los recursos y del excedente “modernas” se articularon orgánicamente con formas “atrasadas”, que les otorgaron el sustrato de la expansión. El desarrollo y subdesarrollo resultantes de este proceso tienen su origen en la misma fuente histórica: el patrón de poder capitalista eurocéntrico en su expansión colonial.

Desarrollo desigual y combinado en la expansión colonial durante la era del Imperialismo clásico

La fase del “Imperialismo Clásico” comprendió el período 1875-1945 y se caracterizó por un mundo multipolar donde las grandes potencias desarrollaron una expansión colonial¹⁶ que derivó en una creciente competencia militar que llevó al estallido de las dos grandes guerras mundiales (1914-1918 y 1939-1945) (Callinicos, 2001).

13 La formación social incluye los diversos modos de producción. Es también una categoría teórica porque permite comprender la totalidad de la sociedad, la interinfluencia entre las llamadas estructura y superestructura. Sólo a la luz de la categoría teórica de formación social se pueden explicar las tendencias sociales, políticas, ideológicas y la lucha de clases (Vitale, 1992)

14 Durante la Colonia se establecieron diversas relaciones de producción, tanto precapitalistas (encomienda, esclavitud, inquilinaje, aparcería, etc.) como capitalistas embrionarias (salariado minero y agrícola), sin que ninguna de ellas fuera preponderante y generalizada. También se desarrollaron otras relaciones precapitalistas de producción en el campo, como la medianería, la aparcería, el inquilinaje y el arrendire, en las cuales el trabajador agrario no era un pequeño propietario ni un asalariado, o a veces era ambas cosas. La mayoría trabajaba su pedazo de tierra y, al mismo tiempo, vendía su fuerza de trabajo en calidad de peones-jornaleros (Vitale, 1992).

15 La incursión en América estuvo orientada principalmente a la exportación de metales preciosos, principalmente plata, aunque también oro, que se dirigía desde Potosí, Zacatecas, Guanajuato, Taxco, Pachuca, Sombrerete, Durango, Fresnillo, etc. a Sevilla. España importaba plata, oro, cacao, cochinilla e indigo y exportaba artículos manufacturados y de lujo al Nuevo Mundo (Wolf, 2005)

16 Las posesiones coloniales europeas crecieron de 4,3 millones de km² y 148 millones de habitantes en 1860 a 46,4 millones de km² y 568 millones de habitantes en 1914. Las inversiones externas pasaron de 2 mil millones de libras esterlinas en 1862 a 44 mil millones en 1913 (Callinicos, 2001).

El período 1884-1900 se caracterizó por la expansión territorial de los principales estados europeos produciéndose “el reparto definitivo de la Tierra”, siendo la conquista colonial de nuevos territorios una expresión de estas fuerzas. En este período, la desintegración de los imperios coloniales en el mundo occidental (descolonización en América) coincidió con su expansión del mundo no occidental. El mundo se repartió entre las principales potencias imperiales, que utilizaron tanto instrumentos económicos como financieros, diplomáticos y bélicos para dar rienda suelta al proceso de acumulación del capital.

En la fase imperialista confluyen, mediante estrategias bélicas, coloniales o comerciales, las formas de competencia geopolítica con la lógica de acumulación capitalista.

Para sobreponerse a la crisis de sobreacumulación, el capital metropolitano debió buscar nuevos espacios geográficos donde ubicar su excedente de capital y trabajo y donde realizar la plusvalía, lo que generó una creciente competencia territorial que se expresó en conflictos interestatales. Así, la fusión del capital financiero con el estado-nación y la estrategia de expansión imperialista que adoptó la acumulación del capital en esta fase imperialista consolidaron la tendencia al desarrollo desigual y combinado (Callinicos, 2001).

La expansión colonial de los países imperialistas¹⁷ les permitió garantizar el éxito del proceso de acumulación del capital de sus empresas monopolistas accediendo directamente a las fuentes de recursos naturales o materias primas descubiertas o probables (tierras con mineral de hierro, yacimientos petrolíferos, etc.), disminuyendo las posibilidades de competir del resto de los capitales y representando un factor geopolítico clave en la pugna interestatal (Lenin, 1916). El capitalismo se expandió provocando un proceso de desarrollo geográficamente desigual, donde el acceso al control de recursos y mercados “se convirtió en una forma sombría de acumulación a través de la apropiación” (Harvey, 2007: 34).

Con ventajas de escala, acceso privilegiado al cambio tecnológico y controlando los mercados, las vías de comercialización y las fuentes financieras, la expansión de estas empresas hizo que se configure un esquema de circulación mundial de capital y mercancías y de división internacional de trabajo que distinguió crecientemente a los países imperialistas de los países dependientes, donde los primeros absorbieron parte del excedente generado en los segundos (Marini, 2008).

Junto con este proceso, la potencia hegemónica y los países centrales lograron reproducir a escala ampliada su ciclo de acumulación del capital mediante inversiones extranjeras o empréstitos gubernamentales a los países coloniales o semicoloniales, reponiendo el capital utilizado y aportando un saldo excedente que permitió incrementar la capacidad productiva.

La inversión directa estuvo incentivada por la baratura de los salarios y de la tierra, la escasez de capital y el acceso a recursos naturales y materias primas. La instalación de los capitales de los países imperiales a través del desarrollo de infraestructura en transporte y comunicaciones buscó expandir los vínculos comerciales y de este modo incrementar los beneficios obtenidos. Asimismo, provocó la inauguración de una nueva fase en las relaciones de dependencia, que en muchos países pasaron de ser eminentemente políticas y coercitivas a ser principalmente económicas y mercantiles (financieras, diplomáticas y tecnológicas) (Lenin, 1916).

Las inversiones directas permitieron el desarrollo de las fuerzas productivas mediante la instalación de redes ferroviarias, el desarrollo de las vías de comunicación y el uso de bienes de capital importados. Como contraparte, permitieron a las naciones exportadoras abrir nuevos mercados, abastecerse de algunos productos estratégicos como recursos naturales y materias primas, expandir las “esferas de influencia” y hacerse de un flujo de renta permanente, ya que les permitió acceder a tributos, utilidades, ganancias y excedente comercial, proveyéndoles un sustrato esencial para la expansión de la acumulación del capital (Callinicos, 2001).

17 El imperialismo es, según Lenin, la fase monopólica del capitalismo, que surge como un corolario del desarrollo del capitalismo en general. Los principales rasgos del imperialismo son: 1) la concentración de la producción y del capital; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación de la “oligarquía financiera”; 3) la exportación de capital; 4) la formación de asociaciones internacionales monopólicas de capitalistas; 5) la terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes (Lenin, 1916).

A la par de la inversión directa también se exacerbó el proceso de exportación de capitales en la forma de empréstitos. Mediante los préstamos gubernamentales, los países imperialistas lograron subordinar económicamente a las colonias y semicolonias. Haciendo uso de estrategias extorsivas y coerciones extraeconómicas para obtener “ventajas”¹⁸ los empréstitos otorgados permitieron financiar en los países deudores la compra de los productos importados y material bélico (provenientes de los países acreedores) indispensables para mantener el ritmo de la producción, el proceso de crecimiento y la generación de empleo (Lenin, 1916).

Los empréstitos funcionaron, por un lado, como una fuente que permitía financiar parcialmente la emancipación de los estados que aspiraban a ser capitalistas y, por el otro, como un medio de dominación¹⁹ mediante el cual los países acreedores tutelaron a los deudores, controlando su hacienda y ejerciendo presiones sobre su política exterior, aduanera y comercial (Luxemburgo, 1917).

En América Latina, las formaciones sociales republicanas fueron un producto de las transformaciones que provocaron las revoluciones independentistas, que lograron la independencia política de las metrópolis aunque reprodujeron la dependencia económica que unía a las oligarquías locales con las burguesías metropolitanas²⁰.

Las relaciones de dependencia que se establecieron desde las revoluciones independentistas consolidaron un mercado abierto a las manufacturas extranjeras y un patrón de acumulación que potenció el poder de las oligarquías locales a costa de obstaculizar el desarrollo de la industria nacional y transferir el excedente económico hacia la metrópolis. La expresión de la consolidación del capitalismo en la región fue el éxito del “modelo primario-minero exportador”, que consistió en la exportación de productos agrícolas o mineros a cambio del ingreso de mercancías y capitales extranjeros (principalmente ingleses), que se auto-financiaron mediante empréstitos gubernamentales concedidos a tal fin (Vitale, 1992).

Lejos de lograr un proceso de desarrollo sostenido y autosuficiente, la consolidación del capitalismo en la región impulsó un modelo centrado en los mercados exteriores donde el capital extranjero se apropió de los polos dinámicos de acumulación²¹. En esta fase, como había ocurrido en el período colonial, la integración de América Latina a la economía mundial se orientó en función de las necesidades de acumulación del capital de los países centrales. Sin embargo, a diferencia de aquella, donde los núcleos dinámicos estaban orientados principalmente a la exportación de metales preciosos y productos minerales, en la fase “semicolonial” se orientaron a la provisión bienes salario que permitieron reducir el costo de reproducción de la fuerza de trabajo en Europa y, mediante el abaratamiento de la porción del capital invertida en el pago de la fuerza de trabajo, incrementar la tasa de ganancia (Marini, 2008).

En este contexto, la dependencia se consolidó como una “relación de subordinación entre naciones formalmente independientes, en cuyo marco las relaciones de producción de las naciones subordinadas son modificadas o recreadas para asegurar la reproducción ampliada de la dependencia” (Marini, 2008: 111). En esta interacción jerárquica, los países centrales se constituyeron como aquellos que podían expandirse y ser autogeneradores de su ciclo de acumulación mediante el control

18 Lenin describe estas ventajas como la obtención de beneficios “extra”. Como ejemplo de ello señala cláusulas favorables en tratados comerciales, estaciones de carbón, contratos de construcción de puertos, concesiones, pedidos de armas, etc. (Lenin, 1916).

19 “Todos los estados de América tomaron a préstamo, de los ingleses, una suma para fortalecer su Gobierno, y a pesar de que esta suma era un capital, lo gastaron inmediatamente como una renta, es decir, lo utilizaron totalmente para comprar, por cuenta del Estado, mercancías inglesas, o para pagar las enviadas a cuenta de particulares. Al mismo tiempo, se fundaron numerosas sociedades con grandes capitales para explotar todas las minas americanas; pero todo el dinero que gastaron fue, al mismo tiempo, un ingreso en Inglaterra para reintegrar inmediatamente el desgaste de las máquinas que utilizaban y las mercancías enviadas a los lugares de trabajo de las máquinas” (Luxemburgo, 1917: 208).

20 “Durante este proceso, el imperialismo se apoderó del azúcar cubano, dominicano y portorriqueño, del café centroamericano, con excepción de Guatemala donde hubo preponderancia del capital alemán. El café brasileño siguió en manos de la burguesía criolla, pero su comercialización quedó en manos del capital monopólico. También pasó a manos foráneas la economía de plantación de cobre chilenos, además del estaño boliviano. El control del petróleo mexicano y venezolano se repartió entre el imperialismo inglés y norteamericano. Los países agropecuarios, como la Argentina y el Uruguay, lograron retener la posesión de las riquezas nacionales. Pero su comercialización y sus frigoríficos fueron controlados por el capital extranjero” (Vitale, 1992: 64)

21 “Durante este proceso, el imperialismo se apoderó del azúcar cubano, dominicano y portorriqueño, del café centroamericano, con excepción de Guatemala donde hubo preponderancia del capital alemán. El café brasileño siguió en manos de la burguesía criolla, pero su comercialización quedó en manos del capital monopólico. También pasó a manos foráneas la economía de plantación de cobre chilenos, además del estaño boliviano. El control del petróleo mexicano y venezolano se repartió entre el imperialismo inglés y norteamericano. Los países agropecuarios, como la Argentina y el Uruguay, lograron retener la posesión de las riquezas nacionales. Pero su comercialización y sus frigoríficos fueron controlados por el capital extranjero” (Vitale, 1992: 64)

monopolístico de algunos mercados, la exportación de capital y de empréstitos y el control del conocimiento y los avances tecnológicos (Dos Santos, 1971). Los países dependientes, por lo contrario, fueron quienes “concentran sus exportaciones en pocos productos o pocos mercados, carecen de capacidad propia para la elaboración de tecnología moderna, tienen bajo control extranjero una parte sustancial de las más importantes y modernas empresas industriales, dependen de préstamos externos para equilibrar sus cuentas externas” (Braun, 1970: 14).

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), la Gran Crisis (1929) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) los mercados mundiales se retrajeron y se crearon espacios de autonomía y necesidades objetivas para que se emprendieran, en algunos países de la región, procesos sustitutivos de importaciones. En este contexto, en la región (principalmente México, Brasil y Argentina) se expandieron y diversificaron la producción, las exportaciones y el mercado interno. Sin embargo, se consolidó un ciclo de capital que no permitía absorber las mejoras de productividad en la forma de incrementos salariales (Prebisch, 1949), lo que se reflejó en el ensanchamiento de la brecha entre producción y consumo²² (Marini, 2008).

La edad dorada del capitalismo y los mecanismos de reproducción del desarrollo desigual

La fase de caos sistémico y reorganización de la hegemonía global se produjo a comienzos del siglo XX con la Primera Guerra Mundial y concluyó luego de la Segunda Guerra Mundial en 1945, cuando los Estados Unidos lograron consolidarse como potencia hegemónica y dar inicio a un nuevo ciclo sistémico de acumulación. En este período se inauguró, con la “Guerra Fría”, el “Imperialismo de las superpotencias” (1945-1990), donde el mundo se configuró como “políticamente bipolar” pero “económicamente multipolar”, con la hegemonía política de los Estados Unidos²³ y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), y el ascenso económico de Alemania Occidental y Japón (Callinicos, 2001).

En el plano económico, el período 1948-1973 se conoce como “fase dorada del capitalismo” ya que se contrarrestó la caída tendencial de la tasa de ganancia y se generó un boom de producción y consumo que permitió que se triplicara la renta mundial. Con los acuerdos de Bretton Woods (1944) se crearon las Naciones Unidas (para promover la paz, la independencia, el progreso y la igualdad) y se promovieron los procesos de descolonización global y de ampliación de los mercados internos y de la seguridad social con el propósito de otorgar autodeterminación y medios de vida a los pueblos occidentales. La doctrina Truman se materializó en el orden mundial de la guerra fría y en una reivindicación del “mundo libre” que permitió organizar la hegemonía norteamericana en función de la contención del poder soviético y el avance del comunismo (Arrighi, 1999).

El discurso sobre el desarrollo se volvió dominante y los Estados nacionales encontraron un mayor margen de autonomía para emprender políticas de industrialización parcial con el propósito explícito de lograr el pleno empleo. Como un resultado de este proceso, se verificó un crecimiento de los salarios y de la productividad, del empleo y mejoras en la seguridad social, que permitieron una mejor distribución del ingreso (Amin, 2001).

En este período, América Latina recibió un fuerte influjo de capitales externos, que, beneficiados por nuevos marcos regulatorios, y en asociación con las burguesías locales, avanzaron sobre el control de industrias no tradicionales como la automotriz, la petroquímica y la metalmecánica, y consolidaron la tendencia a la concentración del capital y la extranjerización de la matriz productiva y del mercado interno.

22 Para Marini, el rasgo característico del tipo de acumulación en América Latina era la superexplotación de la fuerza de trabajo, o pago por debajo de su valor de reproducción. Debido a las diferencias de rentabilidad por los niveles de capitalización, los capitales de la región convertían el fondo de consumo del trabajador en fondo de acumulación del capital y de esta forma obtenían la tasa de ganancia media. Este tipo de acumulación, basada en la superexplotación de la fuerza de trabajo, exacerbaba los mecanismos de explotación y obstruía la consolidación del mercado interno, base para la construcción de un ciclo de circulación del capital autocentrado (Marini, 2008).

23 “Un Estado puede, por consiguiente, convertirse en una potencia hegemónica mundial porque puede afirmar verosímilmente que constituye la fuerza motriz de una expansión del poder colectivo de los que detentan el poder frente a los sujetos al mismo. O, a la inversa, un Estado puede convertirse en una potencia hegemónica mundial porque puede afirmar de modo verosímil que la expansión de su poder respecto a algunos o incluso todos los demás Estados es de interés general para los sujetos sometidos a la autoridad de todos los restantes Estados” (Arrighi, 1999: 45)

El proceso sustitutivo de importaciones, tras haber consolidado elevadas tasas de crecimiento económico, del empleo, de los salarios y de la productividad, comenzó a dar muestra de ciertas dificultades y la economía comenzó a mostrar signos de ralentización y efectos adversos como la concentración, centralización y extranjerización de la propiedad del capital. Los efectos de estas transformaciones provocaron una consolidación de la heterogeneidad de la estructura económica, de la polarización social y del mercado laboral, que condujo a una segmentación del mercado entre sectores de altos ingresos cuya canasta de consumo emulaba aquella de los países centrales y sectores excluidos o marginales. Asimismo, provocó una agudización de los problemas de vulnerabilidad externa (Pinto, 1974).

La acumulación del capital en América Latina no logró consolidar un proceso independiente de industrialización²⁴, sino que se basó en una articulación subordinada a las necesidades de acumulación del capital de los países centrales (Sutcliffe, 1972). En este período, el agotamiento del esquema de crecimiento en la periferia se agotó algunos años antes que en el centro²⁵.

El “equilibrio” que había llevado a los Estados Unidos a consolidarse como la potencia hegemónica de Occidente fue sin embargo erosionándose con el correr de los años, ya que esta potencia debió invertir crecientes cantidades de excedente en la producción bélica con el propósito de garantizar la seguridad de su hegemonía mediante el control territorial. Esto creó las condiciones para que sus competidores directos (Alemania y Japón) lograran un salto considerable mediante el crecimiento de la industria y de la innovación tecnológica que les permitió consolidarse como fuertes competidores comerciales (Brenner, 1999).

La competencia entre las principales potencias de occidente llevó a una crisis que se expresó en la caída de la tasa de ganancia que provocó la fractura del sistema financiero internacional y el fin de los acuerdos de Bretton Woods. La recuperación de los Estados Unidos radicó en un incremento de la represión salarial y una brutal devaluación del dólar frente al Yen y al Marco que permitió recuperar las posiciones perdidas y reposicionarse competitivamente (Brenner, 1999). Para lograrlo, en 1971 se dio por finalizado unilateralmente el patrón dólar-oro, lo que le permitió, desde la Reserva Federal (FED), ostentar el control sobre el dinero mundial. Tras 1973, y principalmente desde 1983, los Estados Unidos reequilibrarían su hegemonía económica, política y militar accediendo a notables transferencias financieras del resto del mundo.

Las instituciones de Bretton Woods como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) se convirtieron en instrumentos suplementarios de las clases dominantes de los EEUU para ejercer las funciones hegemónicas mundiales, sobre todo luego de la crisis de los '70. Sería en los '80 cuando los EE.UU. terminarían de darle forma a la nueva fase de acumulación mundializada neoliberal mediante la doctrina del mercado autorregulado, del libre comercio y los programas de reformas estructurales, que brindaron un poder sin precedentes al capital financiero y los organismos multilaterales por ellos controlados (Anderson, 1995).

Tras la crisis de la década del 70, con el avance de las dictaduras militares en América Latina y de los gobiernos conservadores en los países centrales, se debilitaron las redes que sostenían el Estado de Bienestar y se produjo un desmantelamiento de las estructuras y conquistas logradas durante la “edad dorada”, torciéndose la correlación de fuerzas a favor del capital (Harvey, 2007).

Con este cambio en la correlación de fuerzas se instalaría una nueva fase de dominación imperialista hegemónica por los Estados Unidos, de carácter neoliberal, que terminaría por consolidarse en la década del '90 con la caída definitiva de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y la instalación del “Consenso de Washington”.

24 Para Sutcliffe, la industrialización independiente se lograría si una nación pudiera: 1. Consolidar un mercado doméstico; 2. Poseer una estructura productiva industrial que permita la producción de bienes esenciales económicamente estratégicos; 3. Controlar los fondos que permiten financiar la inversión industrial; 4. Controlar la tecnología que se utiliza en la producción, es decir, tener independencia tecnológica para copiar, desarrollar y adaptar o al menos elegir una tecnología adaptada a los recursos existentes, que se conecte con las industrias de demanda final y de bienes de los productores (Sutcliffe, 1972).

25 El PBI en América Latina, según informa la CEPAL, se estanca a partir de 1965, dando muestras de que los “años dorados” duraron más en el centro que en la periferia.

Mundialización neoliberal y nuevas formas de desarrollo desigual

El capitalismo contemporáneo ha consolidado la tendencia hacia una mayor movilidad geográfica del capital y hacia un régimen de acumulación flexible mediante la reubicación de una parte de los procesos productivos en los países subdesarrollados (Arrighi, 1999). Bajo la hegemonía norteamericana, se han dado por finalizados los acuerdos que regían el sistema monetario internacional de Bretton Woods finalizando unilateralmente el patrón oro-dólar, y constituyéndose la moneda norteamericana como dinero mundial, regulado por su propio banco central.

En esta fase se exacerbó el proceso de integración del capital mediante la internacionalización de la producción y la creación de un sistema manufacturero global organizado bajo control de las grandes corporaciones multinacionales. Esta configuración impulsó la expansión del comercio internacional (principalmente intraindustrial e intrafirma) y el desarrollo de circuitos financieros y guardidas fiscales. La desregulación permitió un flujo de inversiones extranjeras inédito y un movimiento especulativo de capitales que sin lugar a dudas constituyó una de las bases del desarrollo desigual y combinado neoliberal. Junto a la desregulación financiera, se perfeccionaron organismos multilaterales y bilaterales de protección de intereses comerciales (OMC), inversiones (TBI) o ventajas tecnológicas (OMPI).

Los estados de los países periféricos perdieron parte de la autonomía relativa que habían conseguido en la “edad dorada” para orientar políticas de industrialización y, mediante la concentración del capital y extranjerización de la estructura productiva, se agudizó la lógica de subordinación a las necesidades de acumulación de las corporaciones transnacionales y el capital financiero. El resultado de este proceso fue el endeudamiento externo (y la crisis de la deuda), el estancamiento económico, la desintegración industrial y la explosión del fenómeno de la exclusión social en la forma de desigualdad distributiva, pobreza e indigencia, así como también en la precarización laboral.

La construcción del orden global neoliberal comienza a fines de la década del 70, se intensifica en la década del 80 y se profundiza definitivamente en la década del 90. Mediante políticas de flexibilización del trabajo, apertura económica, privatización de empresas públicas y desregulación de los movimientos de capital, se logró consolidar la lógica de poder de los sectores dominantes de los países centrales y la subordinación de los países periféricos.

Estas tendencias, presentes en el mundo occidental desde fines de la década del 70, se agudizaron con las revoluciones del Este Europeo, el fin del Pacto de Varsovia y la perestroika soviética que culminaron con la caída del muro de Berlín en 1989 y el fin del campo socialista en 1991. El fin del mundo “bipolar” y de la guerra fría llevó un mundo multipolar de competencia interimperialista bajo hegemonía norteamericana, en lo que se conoció mundialmente como “Consenso de Washington” (Callinicos, 2001). Con el cambio en la regulación mundial, los Estados Unidos lograron consolidarse como potencia hegemónica en lo económico, lo político, lo militar y lo tecnológico, lo que le permitió “bombear elevadas tasas de rentabilidad al país gracias a sus operaciones corporativas y financieras en el resto del mundo” (Harvey, 2007: 101).

Este proceso inauguró una nueva fase, donde se diferenciaron nuevamente los países de la periferia. Por un lado quedaron aquellos países (como algunos del Sudeste Asiático²⁶) que lograron mantener un sendero relativamente estable de industrialización, con un estado fuerte que logró disciplinar e incentivar a los actores económicos (empresarios, sindicatos, inversores extranjeros) para alinearlos en torno a una estrategia de crecimiento basada en la exportación de manufacturas. Por el otro quedaron aquellos países cuyos sectores dominantes se subordinaron a la lógica de acumulación del capital a escala mundial promoviendo la reducción de la autonomía estatal. En estos países se desarrollaron las estrategias del capital financiero transnacional y las demandas de los organismos multilaterales promoviendo un modelo de crecimiento basado en la exportación de materias primas y minerales, desmantelando el tejido industrial construido y provocando una fuerte fractura social (como el caso de la Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, etc.).

26 Las experiencias “exitosas” de desarrollo económico de países de “industrialización tardía” responde, por un lado, a un interés geopolítico y a una ayuda económica explícita para utilizar esos territorios como espacios de contención del comunismo, lo que les dejó ciertamente al Estado mayor autonomía relativa para subordinar a los distintos actores económicos (la burguesía local, el capital extranjero y la clase trabajadora), en detrimento de procedimientos democráticos y del derecho laboral.

Con la implementación del nuevo patrón de reproducción se profundizó la especialización primaria y extractiva de las economías periféricas en la división internacional del trabajo, ya que se fomentaron actividades vinculadas con ventajas “competitivas” (por cuestiones geográficas, geopolíticas, de infraestructura o de recursos humanos) y “naturales” (agroindustria, minería, petróleo).

El fin del bloque socialista y su incorporación al mundo capitalista potenció la creación de “nuevas periferias”, que, junto con las tradicionales, sirvieron al capital global para instalar fábricas donde se pudieran aprovechar las ventajas “comparativas” y “naturales” e “institucionales” como la ubicación geográfica, los bajos salarios y la flexibilidad laboral y el escaso desarrollo de las organizaciones sindicales.

Esta reorganización de la producción mundial ha actualizado los mecanismos de desarrollo desigual y combinado. Por un lado, los países centrales reservaron para sí las actividades vinculadas con el conocimiento y el uso de tecnologías de punta y destinaron a la periferia los procesos de ensamble y maquila, que exigen un grado de conocimiento menor y mayor trabajo manual, pero que agrega menos valor a la producción (Osorio, 2012). Esta división mundial del trabajo también produjo cadenas globales de subcontratación donde se combinan empresas con las mejores condiciones de trabajo que subcontratan servicios a empresas donde predomina el trabajo precarizado, en las que las remuneraciones se encuentran por debajo del valor de la fuerza de trabajo y no se perciben pagos por seguridad social y otras prestaciones.

Una de las expresiones del desarrollo desigual y combinado en la actualidad es la acumulación por despojo que se da en los países de la región²⁷. Las formas de desarrollo desigual y combinado impactan directamente en los procesos de contaminación y agotamiento de los recursos naturales (Borón, 2013). La desigualdad se expresa en que los países subdesarrollados no pueden ofrecer resistencia a las tendencias de la acumulación del capital y terminan siendo quienes padecen los grandes efectos de la crisis ecológica contemporánea (O'Connor, 2003).

El desarrollo desigual y combinado derivado de la misma lógica de la acumulación del capital provoca una agudización de la cuestión social y de la cuestión ambiental.

Reflexiones finales

La expansión del mercado mundial desde los inicios del Sistema Mundo moderno ha ido de la mano de un proceso de desarrollo desigual y combinado. Este proceso, que definimos como una “desigual distribución espacial, históricamente producida, de la industria, la minería, la actividad bancaria, el comercio, el consumo, la riqueza, las relaciones laborales, las configuraciones políticas” (O'Connor, 2003: 10), ha permitido la difusión de prácticas y de modelos de acumulación modernos a la vez que ha reproducido las jerarquías existentes en la división internacional del trabajo.

Tanto los vínculos entre metrópolis y colonias como entre centros y periferias expresan relaciones de poder que pueden ser resumidas en las categorías de colonialismo, imperialismo o dependencia. Todas ellas en realidad sintetizan las hegemonías de época y las relaciones que se estructuran en torno a ellas.

Las formaciones sociales de América Latina, desde su incorporación forzosa al mercado mundial tras la conquista hispano-lusitana en el siglo XV, han cumplido una determinada función en la división internacional del trabajo. Esta función ha dependido de factores históricos, coyunturales, políticos y económicos, pero siempre ha estado vinculada con el ciclo sistémico de acumulación a escala global de cada etapa, asociada al dominio económico, político y bélico de la potencia hegemónica de la época.

Con el proceso de mundialización del capital inaugurado a fines de los años 70 se agudizaron las tendencias del capitalismo al desarrollo desigual y combinado, generando regiones y zonas con la capacidad de apropiar valor a la par de otras regiones geográficas desde donde se extrae ese valor. En los primeros estadios de la expansión imperialista, este proceso se había dado

27 Para Harvey, la acumulación por desposesión se da mediante la mercantilización y privatización de la tierra y expulsión forzosa de poblaciones campesinas; la conversión de formas diversas de derechos de propiedad (comunal, colectiva, estatal, etc.) en derechos exclusivos de propiedad privada; la supresión de los derechos sobre los bienes comunes; la mercantilización de la fuerza de trabajo y la eliminación de modos de producción y de consumo alternativos; mediante procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de activos; debido a la usura, el endeudamiento de la nación, el uso del sistema de crédito como un medio de acumulación por desposesión; por la extracción de rentas de las patentes y de los derechos de propiedad intelectual o la disminución o anulación de formas de derechos de propiedad comunes (como pensiones del Estado, vacaciones remuneradas, acceso a la educación y la salud) (Harvey, 2007: 167).

mediante la estrategia de saqueo y pillaje pero luego de los procesos de independencia y descolonización la estrategia de extracción de valor se dio acorde a las leyes económicas que rigen las relaciones en el mercado mundial.

La expansión colonial, el imperialismo, las guerras entre las potencias, la dependencia económica, la internacionalización del capital y la subordinación financiera, diplomática y tecnológica han sido formas históricas vinculadas con un proceso de desarrollo desigual enraizado territorialmente.

En su configuración concreta, combinadas con las formas nacionales particulares que asumieron los modelos de crecimiento, la estructura social y la lucha de clases, han provocado distintos resultados que se han alejado en mayor o menor medida de la norma. Todas, sin embargo, han engendrado distintos tipos de mecanismos de subordinación económica, financiera, tecnológica, diplomática o cultural reproduciendo un patrón colonial del poder.

El esquema regulatorio global actual no ha hecho más que profundizar los mecanismos de subordinación y de desarrollo desigual. La desregulación financiera y las normas multilaterales o bilaterales de protección de intereses comerciales (OMC), de inversiones (TBI), de ventajas tecnológicas y de los derechos de la propiedad intelectual (OMPI) dificultan la postulación de cualquier tipo de estrategia de desarrollo que confronte con las ventajas comparativas.

La particularidad de América Latina ha sido la penetración del capital extranjero en su estructura productiva, que en alianza con los sectores dominantes locales, ha provocado el abandono de cualquier tipo de estrategia de desarrollo por fuera de la exportación de materias primas y minerales. En los países más grandes (donde había llegado más lejos el proceso de industrialización por sustitución de importaciones) esto ha provocado la desintegración del tejido industrial, sucesivas crisis de la deuda externa y de la balanza de pagos, la fragmentación de la clase trabajadora y la expansión de la marginalidad social. En un mundo donde las desigualdades se exacerban resulta sumamente difícil pensar el subdesarrollo como una simple etapa hacia el desarrollo. Comprender la estructura económica y social y la configuración del bloque en el poder nacional como parte de una lógica de poder más amplia nos permite observar la complementación entre desarrollo y subdesarrollo y la función esencial que cumple el desarrollo desigual y combinado en la reproducción ampliada del capitalismo.

Bibliografía

- Allinson, J. C. y Anievas, A. (2009). The uses and misuses of uneven and combined development: an anatomy of a concept. *Cambridge Review of International Affairs*, 22 (1), pp. 47-67.
- Amin, S. (2001). Capitalismo, imperialismo, mundialización. En Seoane, J. y Taddei, E. (comp.). *Resistencias Mundiales* [De Seattle a Porto Alegre]. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Anderson, P. (1995). Neoliberalismo: un balance provisorio. En Sader, E. y Gentili, P. (comp.) *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social* (pp. 15-27). Buenos Aires, Argentina: Oficina de Publicaciones del CBC-UBA.
- Arrighi, G. (1999). *El largo Siglo XX: Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Madrid, España: Akal.
- Borón, A. (2013). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Euskal Herria, España: Hiru.
- Braun, O. (1970). *Desarrollo del capital monopolista en Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Brenner, R. (1999). El desarrollo desigual y la larga fase descendente: Las economías capitalistas avanzadas desde el boom al estancamiento, 1950-1998. *Encuentro XXI*, 14, pp. 199-370.
- Callinicos, A. (2001). *Imperialismo hoy*. Madrid, España: El mundo al revés.
- Cardoso, F. E. y Faletto, E. (1969). "Desarrollo y dependencia", en Marini, R. y Dos Santos, T. (coord.). (1999). *El pensamiento social latinoamericano en el siglo XX*. Tomo I (pp. 337-355). Caracas, Venezuela: UNESCO.
- Casanova, P. G. (2006). Colonialismo interno (uma redefinição). En Borón, A. y Amado, J. (org.). *A teoría marxista hoje: problemas e perspectivas*. (pp. 395-420). Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Chang, H. J. (2013). Patada a la escalera: La verdadera historia del libre comercio. *Ensayos de economía*, 23 (42), pp. 27-57.
- Cueva, A. (1979). Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia. *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. Ciudad de México, México: Línea Crítica.
- Dornbusch, R., Fischer, S., y Samuelson, P. A. (1977). Comparative advantage, trade, and payments in a Ricardian model with a continuum of goods. *The American Economic Review*, 67 (5), pp. 823-839.
- Dos Santos, T. (1971). La estructura de la dependencia. En Sweezy, P. *Economía Política del Imperialismo* (pp. 41-64). Buenos Aires, Argentina: Ediciones Periferia.
- Easterly, W. (2003). *En busca del crecimiento: andanzas y tribulaciones de los economistas del desarrollo*. Barcelona, España: Antoni Bosch Editor.

- Gerschenkron, A. (1968). El atraso económico en la perspectiva histórica. *Investigación Económica*, 28 (111/112), pp. 141-165.
- Grüner, E. (2010). *La oscuridad y las luces: capitalismo, cultura y revolución*. Buenos Aires, Argentina: Edhasa.
- Gunder Frank, A. (1970). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: Ed. Signos.
- Harvey, D. (2004). El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión. En Panitch, L. y Leys, C. (ed.). *Socialist Register. El nuevo desafío imperial* (pp. 99-129). Buenos Aires, Argentina: CLACSO
- Harvey, D. (2007). *Breve Historia del Neoliberalismo*. Madrid, España: Akal.
- Hirschman, A. O. (1968). La economía política de la industrialización a través de la sustitución de importaciones en América Latina. *El trimestre económico*, 35 (4), pp. 625-658.
- Hobsbawm, E. (2010). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires, Argentina: Crítica.
- Kay, C. (1998). Estructuralismo y teoría de la dependencia en el período neoliberal: una perspectiva latinoamericana. *Nueva Sociedad*, N° 158.
- Lenin, V. I. (1916). El imperialismo, fase superior del capitalismo. Progreso. En *Obras escogidas, tomo V*. Moscú, Rusia.
- Lowy, M. y Traverso, E. (1990). The Marxist Approach to the National Question: A Critique of Nimni's Interpretation. *Science & Society*, Vol. 54, N° 2, pp. 132-146.
- Lustig, N. (2000). La CEPAL y el pensamiento estructuralista. En *La CEPAL en sus 50 años. Notas de un seminario conmemorativo*. Santiago de Chile, Chile: CEPAL.
- Luxemburgo, R. (1917). *La Acumulación del Capital*. Ediciones Internacionales Sedov-Germinal. Recuperado de: <https://kmarx.files.wordpress.com/2013/10/la-acumulacion3b3n-rosa-lux.pdf>.
- Mandel E. (1970). The laws of uneven development. *New Left Review* 1, 59.
- Marini, R. M. (2008). Dialéctica de la dependencia. En Martins, C. E. (ed.). *América Latina, dependencia y globalización. Fundamentos conceptuales*. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre-CLACSO.
- Marx, K. (2000). *El Capital*. Madrid, España: Akal.
- Nahón, C., Rodríguez Enríquez, C. y Schorr, M. (2006). El pensamiento latinoamericano en el campo del desarrollo del subdesarrollo: trayectoria, rupturas y continuidades. En Beigel, F. et al. (ed.). *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- O'Connor, J. (2003). Desarrollo desigual y combinado y crisis ecológica. *Ambiente & Sociedade*, Vol. VI, N° 2.
- Osorio, J. (2004). *Crítica de la economía vulgar. Reproducción del capital y dependencia*. Ciudad de México, México: Colección América Latina y el Nuevo Orden Mundial, Miguel Ángel Porrúa.
- Osorio, J. (2012). América Latina bajo el fuego de las grandes transformaciones económicas y políticas. *Política y Cultura*, N° 27, pp. 65-84.
- Osorio, J. (2015). América Latina frente al espejo del desarrollo de Corea del Sur y China. *Problemas del desarrollo*, 46 (182), pp. 143-164.
- Palma, G. (1981). Dependencia y desarrollo: una visión crítica. En Seers, D. (comp.). *La teoría de la dependencia: una reevaluación crítica*. Ciudad de México, México: FCE.
- Pinto, A. (1974). *El modelo de desarrollo reciente en América Latina. Desarrollo Latinoamericano: ensayos y críticas. Lecturas N° 6*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Prebisch, R. y Cabañas, G. M. (1949). El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas. *El trimestre económico*, 16 (3), pp. 347-431.
- Poulantzas, N. (1973). *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En Lander, E. (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Rodríguez, O. (1980). *Teoría del subdesarrollo de la CEPAL*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.
- Rosenberg, J. (2006). Why is there no international historical sociology? *European Journal of International Relations*, 12 (3), pp. 307-340.
- Rostow, W. W. (1965). *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Roxborough, I. (1985). *Theories of Underdevelopment*. Londres, Inglaterra: Macmillan Education.
- Selwyn, B. (2011). Trotsky, Gerschenkron and the political economy of late capitalist development. *Economy and Society*, vol. 40, N° 3.
- Smith, N. (2006). The Geography of Uneven Development. En Dunn, B. y Radice, H. (ed.). *100 Years of Permanent Revolution: Results and Prospects*. Londres, Inglaterra: Pluto Press, pp. 180-95.

- Solow, R. M. (1956). A contribution to the theory of economic growth. *The quarterly journal of economics*, 70 (1), pp. 65-94.
- Stavenhagen, R. (1965). Siete tesis equivocadas sobre América Latina. En *América Latina, ensayos de interpretación socio-lógico-política*. Santiago de Chile, Chile: Editorial Universitaria, pp. 82-93.
- Sutcliffe, B. (1972). Imperialismo e industrialización en el tercer mundo. En Owen, R. y Sutcliffe, B. *Estudios sobre la teoría del imperialismo*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.
- Sztulwark, S. (2003). *El estructuralismo latinoamericano. Fundamentos y transformaciones del pensamiento económico de la periferia*. Buenos Aires, Argentina: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Treacy, M. (2017). El desarrollo del capitalismo a escala mundial en la filosofía de la historia de Marx: difusionismo y tradición crítica. *Revista Izquierdas*, 33, pp. 154-173.
- Veblen, T. (1919). *The industrial system and the captains of industry*. Nueva York, Estados Unidos: Oriole Ed.
- Vitale, L. (1992). Modos de producción y formaciones sociales en América Latina. En *Introducción a una teoría de la historia para América Latina*. Buenos Aires, Argentina: Planeta.
- Wallerstein, I. (1998). *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. M. (2007). *Geopolítica y geocultura: ensayos sobre el moderno sistema mundial*. Madrid, España: Editorial Kairós.
- Wolf, E. (2005). *Europa y la gente sin historia*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

¿Cómo se cita este artículo?

Treacy, M. (2019). Desarrollo desigual del capitalismo: colonialismo, imperialismo y dependencia en América Latina. *Revista Sociedad*, N° 38, pp. 14-29. Recuperado de [link].